

ejemplo. Imaginad que sabemos el domingo que las sufragistas han devastado los jardines de Versalles; el lunes, que han incendiado la Estación de Orleans; el martes, que han fuetado al Ministro de Guerra; el miércoles, que han expedido una bomba a Mr. Briand, la cual, reventando en una oficina de correos, ha herido cuatro empleados; el jueves, que han tratado de descarrilar un tren; el viernes, que han intentado la destrucción del Museo del Louvre. Europa entera se ocuparía el sábado de las hazañas de las sufragistas francesas. ¡Qué horror!, se exclamaría a los cuatro vientos, ¡este es el fin del fin!

Suponed ahora que tantos delitos y crímenes, en vez de ser obra de mujercitas subvencionadas por señoras de la alta y poderosa aristocracia conservadora, son perpetrados por obreros que reclaman un aumento de salario o una disminución de horas de trabajo, al momento oíríais hablar de revolución y se reclamaría para ellos el tratamiento a bala y cuchilla de la banda trágica.

Pero a las sufragistas inglesas, amigas de las altas dignatarias,.... ¡indulgencias plenarias!

¡Así, así! Los procedimientos subversivos—como los de las sufragistas—, los usos y costumbres más abominables—como la guerra—, nos parecen negros crímenes o pecados veniales (o aun cosas alabables) según que apoyen o contraríen nuestras opiniones, según que sirvan o ataquen nuestros intereses del momento.

(17 marzo, 1913).

* * *

Cojámosles la palabra a ciertos señores, a propósito de las sufragistas. Oigamos a Sinesio Delgado en **Nuevo Mundo**:

“La humanidad — como ustedes sabrán desde que vinieron a la vida — se divide en dos partes: hombres y mujeres.

La primera, apoyada única y ex-

clusivamente en la mayor fortaleza de sus músculos, ha resuelto que la segunda pertenezca eternamente a una clase inferior y esté sometida, como menor de edad, a tutela perpetua.

Cada vez que el tema se pone sobre el tapete, por pasar el rato, hablan y discuten los sociólogos profesionales y los simples aficionados a la sociología, y de la controversia resulta siempre que la mujer ha nacido para administrar el hogar, cuidar de los hijos, guisar la comida del varón, procurando que esté en su punto, y tener la ropa arregladita y dispuesta para cuando el caballero quiera usarla. Pero que no pretenda intervenir en los negocios públicos, porque está demostrado que el cerebro femenino es de distinta masa. Y así vive la mitad del género humano tan guapamente, satisfecha de su superioridad y sometiendo a la esclavitud a la otra media.

En vano las mujeres, luchando con la falta de libertad y de medios de cultura, prueban que son aptas para todas las profesiones y oficios, y llegan a brillar, contra viento y marea, en las ciencias y las artes, en el comercio y en la industria; su destino está marcado, su condición de parias es irreductible.

Podrán ser las dueñas de la cocina, las reinas de los corazones, las depositarias del amor, pero no podrán jamás hacer leyes ni elegir a quien ha de hacerlas. Un hombre inepto, de cerebro rudo, con menos inteligencia que un perro o un caballo, puede administrar directa o indirectamente los intereses de la ciudad, de la nación y del mundo, sólo porque es hombre; una mujer lista, fina, culta, inteligente, ha de reducirse al papel pasivo de cumplir lo que la manden, sólo porque es mujer.

Y en el régimen democrático de las mayorías, que es el que priva en casi toda la tierra, las mujeres, que forman la mayoría, no tienen voz ni voto.